

MEMORIAS CONTRAPUESTAS. ESPAÑA FRENTE A SU PASADO RECIENTE

José Antonio Rubio Caballero
Universidad de Extremadura*

Desde que emerge como entidad u organización de poder, el Estado se da por misión el construir un relato legitimador capaz de otorgar a la comunidad sobre la que ejerce su dominio una memoria común, compartida y colectiva. El resultado más acabado de tales esfuerzos es la denominada “memoria oficial” o nacional, esto es, el relato histórico en que se sustenta la legitimidad de cada estado, de cada régimen político, y cuyas manifestaciones concretas, numerosísimas, toman cuerpo en conmemoraciones, monumentos, callejero, fiestas, toponimia, en el discurso mediático y político, en legislación, promociones y prohibiciones, y por supuesto en la mirada hacia el pasado que la escuela transmite a las nuevas generaciones.

Ocurre, sin embargo, que el alcance de las referidas políticas de memoria no es absoluto. En determinadas coyunturas, personas, grupos o colectividades desarrollan o conservan representaciones del pasado distintas de las auspiciadas por el poder público. Tal disonancia genera un efecto doble: en el individuo o colectivo discrepante, aparece el extrañamiento, la desafección, e incluso el rechazo hacia la entidad o institución con quien no comparte percepciones básicas; y en muchos casos, tales sensaciones se ven acompañadas por el anhelo de que el poder altere su relato legitimador y dé cabida al relato alternativo propuesto por la parte demandante. Mas la tarea no es sencilla. Toda eventual alteración del relato legitimador estatal lleva indefectiblemente consigo la modificación, implícita o expresa, del propio sistema de poder. Así, desde la óptica del Estado, la emergencia de discrepancias concernientes a la memoria pública debe ser interpretada como el despunte de un déficit de legitimidad. Esa quiebra de los consensos concernientes a la mirada que se proyecta sobre el pasado va aparejada, pues, a otra quiebra más telúrica, potencialmente transformadora: la del compromiso ideológico con el orden político, institucional o económico en vigor.

En la España de la última década se asiste a un proceso de estas características. Tras el franquismo se construyó un sistema democrático liberal que hasta inicios del siglo XXI ha gozado de un considerable grado de consenso social. Sin embargo, en los últimos años vienen cobrando fuerza expansiva relatos históricos y miradas al pasado que chocan tangencial o frontalmente con lo establecido por la memoria legitimadora que dicho régimen construyó desde sus inicios. Se trata, pues de un caso de colisión a cuenta del pretérito cercano que no puede sino afectar a la naturaleza misma del propio sistema. El dictamen que las diferentes memorias lanzan sobre el pasado reciente no está en absoluto desligado de la valoración que se otorga al actual régimen. Primero porque la democracia española actual nació de una singular Transición basada en una reforma del orden franquista, y no en una ruptura más o menos revolucionaria con el mismo; segundo, porque el relato oficializado sobre tal proceso se ancla en el consenso voluntario que felizmente alcanzaron dos Españas hasta entonces enfrentadas; y tercero, porque la entronización de dicho consenso como raíz de la democracia implica la existencia de un pacto de olvido con respecto al pasado, o lo que es lo mismo, el

* El autor de este artículo está vinculado al proyecto “La memoria de la Guerra Civil española durante la Transición a la democracia”, desarrollado por investigadores de la Universidad de Zaragoza y la Universidad de Extremadura (HAR 2011-25154).

silenciamiento de las víctimas del franquismo y la guerra, y la ruptura de puentes simbólicos entre el actual régimen y la II República.

Las preguntas entonces salen al paso. ¿Cuáles son esas memorias discrepantes y enfrentadas? ¿En qué consisten y qué reivindican? ¿Quiénes las sostienen? Sintéticamente, puede establecerse que hoy en España conviven como mínimo tres memorias sobre el pasado reciente, de muy desigual expansión. Por una parte, una memoria oficial, auspiciada por el Estado, que cuenta bien con el respaldo expreso o bien con la aquiescencia pasiva de amplias capas de la población. Es la memoria más ampliamente compartida, y está patrocinada, o al menos es aceptada, por el centro-derecha y por el centro-izquierda del espectro ideológico, así como por los principales partidos políticos del país. En segundo lugar, existe una memoria reivindicativa que, desde posiciones izquierdistas, cuestiona los fundamentos del régimen actual y por tanto el relato histórico en que éste se asienta, y que viene siendo articulada y difundida por sectores cuantitativamente menos extensos que los anteriormente mencionados, pero cuya presencia e influencia en esferas académicas y mediáticas es insoslayable. Y en tercer lugar, despunta una memoria igualmente conflictiva, que también pone en tela de juicio el andamiaje y la memoria del actual régimen, pero que lo hace justo desde la óptica de una derecha política y sociológica que, si no es antidemocrática y abiertamente franquista, sí al menos impugna el estado de cosas nacido tras el fin de la dictadura.

La memoria del consenso

Quienes defienden el legado de la Transición insisten en que precisamente lo que hizo del proceso un ejemplo para países carentes de estabilidad institucional, no fue tanto el cambio político vivido por España en aquellos años, sino la voluntad de armonía que demostraron las diferentes fuerzas implicadas. Ese espíritu de concordia habría cristalizado en la Ley de Amnistía, en la decisión conjunta de olvidar la Guerra civil y no utilizarla como arma política, y en la firma de los Pactos de la Moncloa. La culminación del cambio fue la promulgación de una Constitución “de todos y para todos”¹, que por primera vez no era “un trágala de media España hacia la otra media”². Así, el texto aprobado abrió las puertas al más largo periodo de estabilidad democrática, de paz y de progreso de nuestra historia contemporánea³. Insistiendo en que el deseo de los españoles de los años setenta era el de borrar del debate público aquello que les habría llevado a una larga enemistad, y sin menospreciar el hecho de que las transformaciones materiales y mentales generadas en los años sesenta fueron el sustrato del cambio⁴, la publicística favorable a la Transición relaciona el éxito de la operación con la generosidad y el anhelo de reconciliación. Determinados por su “arrojo y sensatez”⁵, anteponiendo lo que les unía a lo que les separaba, los políticos de la época consiguieron implantar una democracia, devolver la soberanía al pueblo y extender radicalmente las libertades públicas⁶. Y los españoles, deseosos de mirar al futuro⁷, habrían optado por apoyar la operación que proyectaron el Rey y los aperturistas de la

¹ Rafael ARIAS-SALGADO: “Las elecciones del 15-j”, *El Mundo*, 16 de junio de 2007.

² Juan José LÓPEZ: “La España de Suárez”, *La Vanguardia*, 31 de agosto de 2013.

³ *Idem*.

⁴ Carmen IGLESIAS: “Memoria histórica y guerra civil”, *ABC*, 25 de julio de 2006.

⁵ José NAVARRO: “El legado de Tácito 40 años después”, *ABC*, 4 de junio de 2013.

⁶ Salvador SÁNCHEZ-TERÁN: “La concordia fue posible”, *El Mundo*, 10 de mayo de 2011.

⁷ *Idem*.

dictadura, y que generosamente respaldó el grueso de la oposición antifranquista. Cargada de renuncias y buena voluntad⁸, la empresa excluía la violencia como método de resolución de conflictos. Y España pudo convertirse en un país “orgullosa de sí mismo”⁹ y respetado en el concierto internacional.

Ciertamente, en esta tarea de defensa del legado de la Transición pueden registrarse diversos matices, distintas coloraciones, diferentes intensidades. Es el centro-derecha quien con más ahínco entona las loas del proceso, mientras que el centro-izquierda, aunque también razonablemente satisfecho con la herencia del período, es más contenido, menos enfático, de forma que más que reivindicarla expresamente, se ha decantado por “criticar a sus críticos”. En cualquiera de los casos, la proliferación de menosprecios hacia la Transición –bajo la forma de recusaciones parciales o de enmiendas a la totalidad– ha llevado a que estos dos sectores reaccionen. Pero antes de examinar el sentido sus respuestas, conviene repasar cuáles han sido los cuestionamientos lanzados contra el pilar memorial en que se apoya la monarquía parlamentaria.

Revisiones y cuestionamientos

Desde hace aproximadamente una década, la lectura “oficial” de la Transición se ve rebatida por al menos dos versiones alternativas de la misma, dos narrativas más o menos iconoclastas que, aun provenientes desde opuestos flancos ideológicos, coinciden en impugnar de forma total o parcial el relato mayoritariamente aceptado sobre el origen del actual régimen. Uno de estos “contrarrelatos” proviene de parte de la izquierda social y política, y el otro procede de sectores conservadores. Bien es cierto que si se tiene en cuenta el volumen de los apoyos sociales, el impacto mediático, o la repercusión política, el revisionismo de la izquierda está muy por delante del de la derecha. Así, por haber alcanzado más expansión y respaldo en la opinión pública y por haber originado más debate intelectual, focalizaremos nuestra atención en el contrarrelato de la izquierda, y lo confrontaremos después con la reacción que éste ha generado en quienes insisten en su defensa de los pilares de la Transición.

Se impone, no obstante, una breve referencia al cuestionamiento o revisionismo que procede de un sector de la derecha española. Aunque ésta ha sido la principal valedora de la memoria de la Transición –básicamente por ser la heredera natural de aquel aperturismo franquista que diseñó el proceso–, en los últimos años, y en buena medida como reacción contra el cuestionamiento proveniente de sectores de la izquierda, el flanco derecho del conservadurismo español ha iniciado un camino simétricamente opuesto al de sus adversarios. Sin ánimo de exhaustividad, recordaremos cuáles son los ejes de su contrarrelato: una de las más dañinas estafas ideológicas de la Transición, sostienen estos conservadores, fue la equiparación de antifranquismo y democracia, porque el antifranquismo fue totalitario, y aspiraba a saltar sobre cuarenta años de historia para enlazar con la legitimidad del Frente Popular. Además, la dictadura era un sistema autoritario pero evolutivo, que acabó propiciando la Transición. De modo que legitimidad del régimen actual, más que en el llamado consenso del 78, estaría en el propio franquismo. Fue la reconciliación generada por (y emanada de) la dictadura lo que allanó el terreno para la Transición, y no al revés, como sostiene la memoria “oficial”. El ejército, en su mayoría, y contra el lugar común, sí

⁸ Pedro J. RAMÍREZ: “Querida tía Amnis”, *El Mundo*, 18 de abril de 2010.

⁹ Antonio PAPELL: “La vigencia de la Transición”, *El Periódico*, 1 de mayo de 2010.

estaba dispuesto a aceptar la reforma democrática, y sólo fue el desorden lo que le arrastró a posturas golpistas. El resultado de la Transición¹⁰ fue, en suma, más que mejorable, sobre todo por el giro hacia la izquierda que Suárez le confirió al proceso, buscando difuminar el origen franquista del mismo, cediendo ante las presiones de la izquierda y de los nacionalismos, y llevando al país, por añadidura, al malestar castrense que desembocó en el 23-f¹¹.

En las antípodas de esta versión del pasado reciente, grata a determinados círculos conservadores, se sitúa el contrarrelato de una parte creciente de la izquierda, que, según se ha avanzado, es el que más debate ha logrado generar y el que con más eficacia ha removido el edificio de certezas que se erigió al final de la década de 1970. Aunque nunca le faltaron respaldos, comienza a multiplicar su número de adeptos aproximadamente a partir del cambio de siglo. La prueba de su éxito estaría en la manera en que la Transición se ha instalado en el ágora, dejando de ser un mero objeto de debate historiográfico y convirtiéndose en un objeto de contienda política. La llegada al poder de una generación de izquierdistas que no participó en la salida del franquismo y que considera que el cambio se hizo mal¹², ha supuesto que en los centros de poder intelectual haya sido puesto al día un antiguo argumentario: la salida de la dictadura habría sido un fraude pactado entre franquistas deseosos de mantenerse en el poder, e izquierdistas claudicantes¹³. Examinemos con más detenimiento el contenido de tal discurso.

Sobre la Transición, sostiene el contrarrelato, se ha levantado un velo de silencio que sólo fue tolerable cuando la libertad era criatura débil y tambaleante, y cuando la silueta del franquismo aún se dejaba ver en el retrovisor de la historia. Pero el tiempo ha pasado. Concordia y reconciliación fueron unas muletas verbales que hubo que usar provisionalmente, para facilitar la salida de la dictadura. Ahora, con una democracia madura en la que la convivencia ha dejado de peligrar, las flagrantes injusticias que en su momento se callaron deben ser reparadas, para así cancelar una deuda que sigue pendiente. Han desaparecido los motivos para suscribir aquel relato trufado de falsedades y deformaciones que se impuso hace décadas. Preparada para interpelar cabalmente a su pasado, la nueva generación que cuestiona el silenciamiento de la guerra no está hecha de revanchistas, sino de gentes que quieren hacer cicatrizar las heridas desde la Transición siguen supurando: los derechos humanos no entienden de generaciones o ideologías. Frente a lo que ha ocurrido en otros países golpeados por guerras intestinas, en España la democracia se levantó sobre un tabú, que mantendría a los nuestros muertos “en el fondo de una doble sepultura”¹⁴, una física e indolora, y otra hecha de lacerante silencio. Imposibilitando la circulación pública de cualquier argumento que pudiera hacer sospechar que los vencidos tenían algo de razón, los arquitectos de la Transición impusieron la idea según la cual la reconciliación fue plena. Tal extremo, sostiene parte de la izquierda en España, es falso: la política de olvido y perdón supuso humillar a los perdedores de la guerra, a los muertos, a sus familiares, pero también y por extensión a sus herederos ideológicos.

¹⁰ El fin del franquismo habría tenido además otros costes, como por ejemplo la disolución acelerada de “valores esenciales”, inversión de valores y costumbres, achacable al triunfo de los paradigmas culturales de la izquierda y a la laxitud o inacción de la Iglesia posconciliar.

¹¹ Pío MOA: *La Transición de cristal*, Madrid, Libros Libres, 2011.

¹² Ferrán GALLEGU: *El mito de la Transición*, Madrid, Crítica, 2008; Juan Carlos MONEDERO: *La Transición contada a nuestros padres*, Madrid, La Catarata, 2013.

¹³ Javier CERCAS: *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori, 2009, p. 423.

¹⁴ Basilio BALTASAR: Los tres telones de la Transición, *El País*, 12 de noviembre de 2008.

Del relato oficial del consenso emanaría, por tanto, un innegable aroma franquista. Lo pactado entre esas “dos Españas” no fue totalmente democrático. Algunos observadores argumentan que ese pacto, de haber existido, no se estableció entre demócratas: los franquistas tuvieron que sacar algo a su favor del acuerdo. Los aperturistas de Franco no dejaron atrás su pasado reciente, por mucho que, en rápida y sospechosa desbandada, se colocaran la chaqueta de la democracia y sepultaran bajo llave sus antiguos hábitos. La operación de estos aperturistas no contenía pues el embrión de la libertad: en todo caso, se vieron arrastrados por el proceso que pusieron en marcha. La Transición distó de ser modélica porque puso en el mismo rasero a dos bandos difícilmente equiparables, el vencedor y el ganador de la guerra. La neutralización de responsabilidades y la equiparación de culpas implicaron “el resignarse a dar por bueno el franquismo, como si hubiese sido apenas una mala costumbre más de los españoles”¹⁵. Otros autores van más lejos y, en su enmienda a la totalidad, niegan incluso que existiera cualquier acuerdo. Sotelo, por ejemplo, define al proceso como una “imposición neta de la fracción reformista del franquismo”¹⁶, que una población traumatizada por el pasado hubo de revalidar, para así evitar riesgos.

Si en aquel periodo no hubo sangre no fue porque, bajo el beneficio de una feliz coincidencia astral, franquistas y antifranquistas decidieran caminar juntos hacia la convivencia, sino porque la izquierda cedió, se sacrificó con magnanimidad, bajó las manos, renunció a ajustar cuentas. Si beneficio fue la paz, el peaje fue el olvido. Mas el agravio que para los perdedores de la guerra, obviamente, supuso el dejar intactos no pocos símbolos físicos y mentales de la dictadura¹⁷. Hoy aquel pacto amnésico habría caducado, porque toda ignominia tiene fecha tope. ¿Con qué palabra, si no, calificar a aquella Ley de Amnistía, que supuso que los que habían matado perdonaban a los derrotados y de paso se perdonaban a sí mismos?

En la versión de los más críticos con al proceso, también menudea el argumento relativo a la coacción ejercida por el ejército franquista y el miedo de los ciudadanos a la reedición de la Guerra civil. Los políticos y burócratas del franquismo tenían en sus manos el aparato represivo y el consentimiento de una parte importante de la población educada durante años en la obediencia a la autoridad, a la seguridad y el orden¹⁸. Sobre ese allanado terreno, los herederos del dictador se aseguraron una Transición en la que podían llevar la iniciativa, en la que de hecho negociaron siempre desde posiciones de fuerza. Otro elemento destacable de este contrarrelato se levanta sobre una doble denuncia, que tiene que ver con las irregularidades y con la falta de limpieza democrática del proceso de cambio, e incluso –consecuencia de lo anterior– con la pervivencia más o menos maquillada del franquismo en el régimen actual. Así lo demostraría por ejemplo la ley electoral promovida en su día por los aperturistas, que no cumple los exigibles requisitos de equidad, que incentiva en los partidos la creación de listas cerradas, y que favorece a las dos principales fuerzas estatales y a los nacionalistas, sobredimensionando el peso de éstos en los órganos de poder. En aras de la estabilidad política, se habría sacrificado la pureza democrática. De aquellos polvos, estos lodos, sostienen los revisionistas de la izquierda. La acrecentada colusión del poder económico y el político, la notoria influencia de la Iglesia en la sociedad y el

¹⁵ Jordi GRACIA: “La mala vida”, *El País*, 21 de marzo de 2007.

¹⁶ Ignacio SOTELO: “El mito de la Transición consensuada”, *El País*, 1 de junio de 2013.

¹⁷ Javier RODRIGO: “Omnipresentes o invisibles”, *El País*, 27 de noviembre de 2005.

¹⁸ Julián CASANOVA: “La calidad de nuestra democracia”, *El País*, 17 de abril de 2010.

mantenimiento de sus “privilegios”¹⁹, el papel de jefe de las fuerzas armadas que la Constitución otorga al rey –por lo demás, irresponsable legalmente–, el desmontaje de muchos movimientos sociales vigorosos en los albores de la democracia, el acusado volumen de corrupción, la complacencia de unos partidos políticos rodeados de intereses espurios y renuentes al ejercicio de la democracia interna...serían otras tantas pruebas de la escualidez de una democracia, la española, hoy reducida al desfile de los ciudadanos ante las urnas en los plazos previstos. Una democracia ortopédica, que “pudo funcionar con los niños de Lola Flores y el No-Do o con los de Mecano y las dos cadenas de RTVE”, pero no con unas nuevas generaciones que no han hecho suyo el régimen.

¿Repensar la Transición? He ahí el último de los lugares discursivos usualmente tocados por el revisionismo de izquierda. Por obra de la ubicua propaganda oficial, el sano ejercicio de la reflexión crítica²⁰ se habría visto condenado a la estigmatización. Homenajear a los perdedores de la Guerra civil, restituir públicamente su memoria, rehabilitar la causa que defendieron o cuestionar los silencios que exigió la salida del franquismo, no es, como afirman los paladines de la Transición, desenterrar demonios y resucitar la vieja, goyesca y cainita España ancestral, sino un ejercicio de justicia y de madurez democrática. Lamentablemente, el consenso ha dejado de ser visto como una herramienta o un mal menor, esclerotizándose y convirtiéndose un valor en sí, un tesoro intocable²¹. ¿Qué esconde tal equiparación entre el cuestionamiento de la Transición y la apertura de la caja de Pandora? Una amalgama de penuria intelectual²² y de primitivas aprensiones, más la alevosía de determinados sectores sociales deseosos de clausurar, con siete llaves, toda reflexión sobre el pasado y el futuro del país.

La réplica de los defensores

Las respuestas de quienes, desde la derecha democrática o desde la socialdemocracia, defienden el legado de la Transición, no han tardado en surgir. Tales respuestas intentan contrarrestar o matizar las enmiendas retrospectivas que se le plantean a aquel proceso histórico. El primero de los puntos de fricción tiene que ver con la naturaleza misma del fenómeno. Si los críticos de la Transición lamentan la tibieza o el moderantismo que encarriló el fin de la dictadura, un sector de la opinión, cercano a posiciones de centro-izquierda, sostiene que, aunque moderada en sus formas, la Transición sí fue una verdadera ruptura. No tuvo, ciertamente, la escenografía del derrumbe, ni se hizo total justicia, ni hubo un resarcimiento de los perdedores de la guerra, pero sería un error el ignorar que mientras la izquierda cedió en lo accesorio, los franquistas cedieron en lo esencial, al renunciar al poder absoluto. Para Muñoz Molina, la lealtad sentimental que en muchos progresistas puede generar la antigua República no tiene que estar reñida con la aceptación del régimen actual, pues “ni una sola de las libertades que afirmaba la Constitución de 1931 está ausente de la de 1978, del mismo modo que las valerosas iniciativas de justicia social, educación e igualdad de aquel régimen, (...) no pueden compararse con los progresos del Estado de bienestar que disfrutamos ahora”²³. El dictador “no se salió con la suya”²⁴ y la Transición, en

¹⁹ Ignacio SOTELO: “A qué llamamos franquismo”, *El País*, 30 de noviembre de 2013.

²⁰ Bénédicte ANDRÉ-BAZZANA: *Mitos y mentiras de la Transición*, Madrid, El Viejo Topo, 2006, p. 321.

²¹ Jorge URDANOZ: “La Transición y el extraño consenso”, *El País*, 15 de mayo de 2013.

²² Basilio BALTASAR: “Los tres telones de la Transición”, *El País*, 12 de noviembre de 2008.

²³ Antonio MUÑOZ MOLINA: “Notas escépticas de un republicano”, *El País*, 24 de abril de 2006.

principio planteada como una evolución jurídica, acabó provocando “una verdadera mutación, una auténtica ruptura”²⁵.

Hubo ruptura y no reforma, pues. Y del mismo modo, hubo amnistía y no amnesia. Tal es la segunda de las contrarréplicas esgrimidas por quienes reivindican la Transición. Aunque emparentados en lo etimológico y procedentes del mismo término griego, los vocablos “amnistía” y “amnesia” poseen connotaciones distintas. Si la primera palabra remite a un olvido voluntario, elegido, la segunda evoca un olvido inconsciente, patológico. El que presidió la Transición pertenece a la primera categoría: olvido buscado, querido, necesario. Un olvido lleno de memoria que habría hecho prevalecer la ética de la responsabilidad sobre la ética de la convicción. Mediante ese pacto de memoria, que paradójicamente consistió en olvidar, se habría cumplido el designio de paz, de piedad y de perdón ya preconizado por el propio Manuel Azaña. Tan presente estuvo la memoria histórica, que se optó por aplicar el olvido activo, aquél que sin olvidar los hechos, saldaba las cuentas. La prioridad fue evitar que el tránsito se convirtiera en desquite. La amnistía consistió esencialmente en sacar de la cárcel a los presos antifranquistas a cambio de que el antifranquismo renunciara a ajustar cuentas con los responsables de la dictadura. Partir desde cero, acabar con la guerra, “dar por clausurado el pasado”²⁶. La derecha se aseguraba así no tener que responder de sus actos, y la izquierda obtenía, si no la reparación moral, al menos el final de la dictadura. Como si la historia le hubiera dado la razón a Isaiah Berlin –para quien libertad y justicia no conviven sino en eterna tensión, haciendo inevitable a los hombres elegir entre ellas– la amnistía, que no la amnesia, llegó cosida en 1975 al principio de la democracia.

Asimismo, los defensores del legado de la Transición estiman peligroso discutir la legitimidad del 78 y engarzar el régimen actual con el del 31. Sobre cuatro argumentos levantan su contrarréplica. Primero, sostienen que los españoles, conscientes de lo que costó alcanzar el punto actual, no estarían dispuestos hoy a remover los cimientos del régimen de libertades en que viven, sistema que con todas sus imperfecciones, ha mantenido a raya a los fantasmas del pasado. Segundo, que si el recuerdo se emplea para insistir en el traumatismo, ese pasado puede acabar interiorizándose como un *continuum*, desatando fuerzas irracionales e imprevisibles.²⁷ En tercer lugar, denuncian las favorecedoras deformaciones, las embellecedoras distorsiones de que estaría siendo objeto ese pasado republicano cuya legitimidad pretende resucitarse²⁸. Y en cuarto lugar, afirman que, vistas las zozobras tangibles y materiales que marcan la actualidad de España, se antoja cuando menos frívolo el reabrir debates de corte simbólico o el alimentar controversias cuya capacidad para solucionar los problemas del presente es directamente proporcional a su facultad para dividir emocionalmente a los ciudadanos.

La denuncia del pragmatismo con que se habría desempeñado la izquierda durante el proceso de Transición es, para muchos observadores, injusta, y emana bien de una suerte de villanía retrospectiva, o bien del desconocimiento de la verdad histórica. Si en buena medida la ya estudiada actitud revisionista procede de segmentos de la población

²⁴ Carlos CARNICERO: “Y ahora, ¿por qué no el rey?“, *El Periódico*, 24 de noviembre de 2008.

²⁵ Antonio PAPELL: “La vigencia de la Transición”, *El Periódico*, 1 de mayo de 2010.

²⁶ Santos JULIÁ: “Amnistía como triunfo de la memoria”, *El País*, 24 de noviembre de 2008.

²⁷ Carmen IGLESIAS: “Memoria histórica y guerra civil”, *ABC*, 25 de julio de 2006.

²⁸ José Manuel CUENCA: “La segunda República. De la leyenda negra a la rosa”, *Revista de las Cortes Generales*, 56 (2002), pp. 45-72.

que en lo ideológico se sitúa en la izquierda y que en lo biológico es descendiente de quienes protagonizaron la Transición, son precisamente sectores de aquella izquierda que sí tuvo responsabilidades en los años setenta, los que toman hoy la palabra para defender la obra realizada por su generación y para denunciar a los denunciantes, a los “demoledores del mito” de la Transición²⁹ según los cuales los antifranquistas sobrevaloraron las fuerzas del adversario y menospreciaron las suyas propias. Argumentan que sus posibilidades para derrocar al régimen eran muy limitadas, que su actuación nunca estuvo dominada por la impericia o por el miedo, y que la negociación nunca equivalió a vender su dignidad ante los cantos de sirena procedentes del fortín franquista. Presentan, además, el golpe de 1981 para desacreditar a quienes hoy tachan de entreguista o pusilánime a la izquierda de entonces, y además esgrimen la victoria del PSOE de 1982 como prueba de que el gradualismo, al fin y al cabo, terminó dando frutos. E incluso retan a los críticos de hoy, invitándoles a que hagan ucronía y que expliquen cuál hubiera sido el comportamiento más óptimo de la oposición tras la muerte de Franco: no parece que un eventual boicot al juego electoral, o que el rechazo de una Constitución que en lo esencial recuperaba el espíritu de la de 1931, o que incluso el ejercicio de la lucha armada, fueran alternativas más solventes que la que al final se adoptó. Según Savater³⁰, el éxito de la Transición habría estribado precisamente en la renuncia de los opositores a aplicar “contra viento y marea” una solución absolutamente justa, radical y limpia. De la renuncia al maximalismo y de la supeditación de la ética de los principios a la ética de las consecuencias emanó una “lección de cordura colectiva” precisamente aquélla que hoy (“la sensatez se ha vuelto decididamente aburrida”) sufre de agotamiento y descrédito.

Ideología, biología, *zeitgeist*

Esa soterrada y emocional querrela dialéctica que sigue existiendo en torno a la historia reciente de España, esa moderna guerra de identidades y de memorias –cuyos figurados y pacíficos campos de batalla son hoy las tribunas mediáticas, los congresos académicos y los estrados parlamentarios– es el resultado de una nebulosa de circunstancias que bien puede compendiarse en tres palabras: ideología, biología, y *zeitgeist*.

A la cuestión biológica, es decir, al relevo generacional como causa aceleradora del cuestionamiento del pasado reciente, se han hecho repetidas menciones en los epígrafes anteriores. Una generación que no participó ni en la guerra ni en la Transición ha llegado, por el mero efecto del empuje temporal, a la edad adulta, ocupando puestos de responsabilidad en la vida pública, académica, mediática o empresarial, y ello no está desprovisto de consecuencias. Del mismo modo que la democratización fue principalmente promovida por quienes eran al menos biológicamente ajenos al 36 y a la edificación del franquismo, el actual revisionismo que cuestiona la Transición viene alentado por una parte de los españoles que no la vivieron o que no participaron en ella. Pareciera como si cada generación (¿treinta años?) sintiera la necesidad de hacer suyo el ecosistema en que habita, bien asumiéndolo, bien reajustándolo, o bien repudiándolo y proponiendo su reemplazo. Levantando la mirada y extendiéndola al exterior, lo primero que llama la atención es la significativa homogeneidad con que se suceden, también fuera de España, las maneras de contemplar el pasado reciente, los ritmos casi uniformes y pautados con que individuos, grupos o estados digieren los saltos y trances

²⁹ Javier PRADERA: “La Transición por dentro”, *El País*, 7 de mayo de 2011.

³⁰ Fernando SAVATER: “¿El fin de la cordura?”, *El País*, 3 de noviembre de 2008.

históricos importantes. Si a la mudanza parece siempre seguirle el tiempo del silencio – en el que las sociedades anteponen a cualquier otra necesidad el garantizarse una convivencia pacífica–, al olvido le sucede el recuerdo, el cuestionamiento, y, eventualmente, el conflicto. Pasada la generación artífice de la mutación, comienza la fase de la rememoración³¹, que a su vez contendría una sucesión de momentos: el del testimonio, el del conocimiento, el del re-conocimiento y el de la guerra entre memorias, guerra surgida, obviamente, de la diversidad de posturas acerca de la manera en que la sociedad debe imbricar su pasado en su presente.

Tras la biología, la ideología. Que la memoria que se posee de determinados momentos o etapas del pasado está condicionada, o incluso determinada, por los anhelos del presente es hecho difícilmente contestable. La ubicación de los individuos o los grupos sociales dentro del tablero político influye notoriamente en la perspectiva que estos puedan poseer sobre su pasado, en la mirada que aquellos puedan lanzar sobre su pretérito. A modo de recapitulación, el cuadro siguiente vendría recoger la valoración que cada segmento del espectro ideológico de la España actual hace de los tres grandes periodos históricos que, directa o tangencialmente, están implicados en el debate sobre la Transición. Ello permite apreciar las sugerentes correlaciones que anudan las miradas sobre el pasado a las posturas políticas del presente.

	IZQUIERDA	CENTRO-IZQUIERDA	CENTRO-DERECHA	DERECHA
República	Defensa explícita	Defensa implícita	Condena implícita	Condena explícita
Guerra	Culpa de la derecha	Culpa de la derecha	Culpa colectiva	Culpa de la izquierda
Franquismo	Condena explícita	Condena implícita	SILENCIO	Defensa implícita
Resultado de la Transición	Rechazable	Aceptable	Excelente	Rechazable
¿Quién se sacrificó?	La izquierda	Todos en alguna medida	Todos en alguna medida	La derecha
Papel en la Transición	Acatamiento insatisfecho	Aceptación y colaboración activa	Iniciativa y diseño	Acatamiento insatisfecho

Aun reconociendo que lo que en realidad define el arco ideológico de toda sociedad es el *continuum*, la sucesión progresiva, y no la yuxtaposición de compartimentos estancos, nuestra voluntad comparativa nos lleva a establecer un eje horizontal en el que figura el abanico de ideologías presentes en la España actual, fraccionado en cuatro sectores horizontales³² –“izquierda”, “centro-izquierda”, “centro-

³¹ Benjamin STORA : “Préface”, Pascal BLANCHARD (dir.): *Les guerres de mémoires*, Paris, La Découverte, 2008, pp. 7-13.

³² Cuatro sectores cuyos límites no concuerdan estrictamente con los de formaciones políticas o grupos de opinión y comunicación concretos. Aún así, si hubiera que relacionar cada uno de esos espacios con alguna sigla reconocible, se podría esquematizar diciendo que en el sector del “centro-derecha” estaría principalmente el PP y buena parte de los medios de comunicación que le son ideológicamente cercanos; el “centro-izquierda” sería hoy el PSOE, o al menos la parte más significativa del mismo. Esos dos

derecha” y “derecha”–, y un eje vertical dotado de seis interrogantes, seis asuntos que se someten a la valoración de las cuatro categorías antes citadas: ¿qué presencia tiene la II República en el actual discurso de cada una de estas opciones ideológicas, y qué valoración se le otorga a tal periodo? ¿Sobre quién recae la responsabilidad histórica de haber provocado y desatado la Guerra civil? ¿Qué percepción y qué presencia tiene el franquismo en el actual discurso de cada uno de esos segmentos ideológicos? ¿Qué estimación general merece el resultado de la Transición? ¿Quién hubo de efectuar más renunciaciones y sacrificios en aquel proceso? ¿Cuál fue, durante el desarrollo mismo de la operación, la actitud de cada uno de los grupos analizados?

Las miradas que se proyectan sobre la República distan de ser homogéneas. La izquierda social y política, especialmente desde inicios del siglo XXI, ha pasado a reivindicar dicho periodo (“defensa explícita”), mientras que, en buena medida como respuesta a lo anterior, el flanco más conservador de la derecha española ha exhibido un discurso diametralmente opuesto, denostando aquel régimen (“condena explícita”). Lo que para unos fue un tiempo de esperanzas y progresos sociales, para otros fue la antesala del horror, un experimento donde se mezclaron la frivolidad y el adanismo de los republicanos moderados, con los preparativos revolucionarios de la clase obrera. Más matizadas son las posturas de los dos segmentos centrales del espectro político, pues ninguno de ellos exhibe con claridad su querencia o filiación sentimental. Si bien el centro-izquierda (“defensa implícita”) es heredero natural de la II República, y el centro-derecha (“condena implícita”) no se reconoce en tal régimen, ninguno de los dos coloca tal asunto en el centro de su discurso ni contribuye a que tal tema condicione el debate público. Nótese además que son precisamente estos sectores los que sellaron el pacto de la Transición, los que básicamente hilvanaron el actual régimen, y los que se han venido sucediendo al frente de las instituciones de poder desde la salida del franquismo. Es decir, son tales fuerzas las que en virtud de su fortaleza electoral y de su posición central en el espectro ideológico, han ido conformado el relato de la concordia sobre el que se asienta el régimen actual.

Todo ello queda corroborado con las percepciones que los citados actores tienen del resto de conceptos. En el discurso de la izquierda, la responsabilidad de la Guerra civil está más que clara. La derecha reaccionaria conculcó por la fuerza un régimen democrático y avanzado, siguiendo la estela de los fascismos que ya desde los años veinte habían hecho lo propio en otros lugares de Europa. Para cierta derecha, es en cambio la izquierda la responsable de la contienda³³, por haber llevado a España a una situación revolucionaria que sólo pudo ser abortada con un golpe de timón. El centro-izquierda posee la misma convicción que la propia izquierda, pero pone sordina a su

sectores serían los que, *grosso modo*, reivindican la Transición, los que se han sucedido en el poder político durante los últimos treinta años, y los que han venido recibiendo el respaldo mayoritario de los ciudadanos: en suma, los herederos ideológicos de quienes urdieron la Transición. En la zona de la “izquierda” se situarían IU y otros muchas siglas políticas o sectores de opinión claramente identificados con el bando perdedor de la guerra; y en lo que denominamos “derecha” se situarían no sólo grupúsculos extremos y abiertamente franquistas, sino un conjunto de conservadores españoles poco identificados con el discurso oficial del PP, y que, aunque no se disponen de unas siglas políticas reconocibles ni disponen de una expresión organizacional definida, dan cuenta de sus posiciones principalmente a través de tribunas mediáticas, editoriales o digitales. Sea como fuere, lo relevante es que en tal esquema las columnas de la “izquierda” y la “derecha”, es decir, las columnas de los sectores disconformes con la Transición, han ganado adeptos en los últimos años, mientras que durante las dos décadas inmediatamente posteriores al proceso, sus opiniones casi carecían de visibilidad, y la expansión social del discurso de “centro-izquierda” y del “centro-derecha” era casi absoluta.

³³ Pío MOA: *1934: comienza la guerra civil*, Madrid, Altera, 2005.

narrativa. Al igual que ocurre con la idea misma de la República, el pacto de olvido o de concordia disuadió al progresismo moderado de mostrar claramente sus preferencias y de usar el conflicto bélico en la liza política. Por fin, la derecha moderada —en última instancia principal urdidora de la Transición— adopta una actitud equidistante, adhiriéndose a los sintagmas de “locura colectiva”, “guerra incivil” o “guerra fratricida”.

No menos significativa es la gradación que resulta de las valoraciones del franquismo. En este caso derecha e izquierda no ocupan lugares simétricamente opuestos. Mientras la izquierda condena abiertamente al desaparecido régimen, una cierta derecha no reconocible como “extrema” y distinta del neofascismo minoritarios pretendidas virtudes de la dictadura) también reivindica el franquismo, pero sólo de manera tácita o implícita, defendiéndolo mediante circunloquios, expresándose por la vía negativa, tildando al actual régimen democrático de error, de patinazo histórico que habría desplazado peligrosamente el centro de gravedad de la política española hacia la izquierda. En la zona central del esquema, el centro-izquierda condena el franquismo, como no podía ser de otra manera, pero, siguiendo las mismas pautas que en el caso de la Guerra y la República, saca el asunto del debate político. Y por su parte, en el centro-derecha impera una actitud fluctuante o abstencionista, marcada por el silencio, en la que el franquismo aparece como un capítulo de la historia definitivamente clausurado que no merece visitas ni condenas expresas³⁴.

Las tres últimas filas del casillero responden a cuestiones relativas a la Transición. Aunque por muy diferentes motivos, tanto izquierda como derecha valoran negativamente tal proceso. Según los unos, se creó una democracia de mínimos, sin justicia ni reparación para los perdedores de la guerra; según los otros, se sembró el terreno para que relativismo moral, secularización, democratismo vacío y descomposición territorial germinasen en España³⁵. Tales valoraciones contrastan con las de la izquierda y la derecha moderadas, artífices, insistimos, de la Transición. Para éstas, dicho proceso fue un éxito inspirado en la concordia, generador de paz y prosperidad. Hay, sin embargo, un matiz que las diferencia. Es el centro-derecha actual, heredero del aperturismo franquista y por tanto albacea simbólico de su legado, quien más fervientemente reivindica la Transición, mientras que el centro-izquierda, aun sin abjurar de aquélla o sin cuestionar sus aspectos esenciales, es más tenue, más discreto al encomiar el periodo. El desenlace de la Transición fue para el centro-derecha excelente, y para el centro-izquierda aceptable. Ambas fuerzas coinciden, en cualquier caso, en su juicio sobre las renunciaciones efectuadas por cada una de las “Españas” que se sentaron en la mesa de negociación: las dos partes hubieron de renunciar a algunos de sus ideales para converger y hacer posible la democracia actual. Mientras, izquierda y derecha vuelven a coincidir en su diametral oposición. Para la primera, fue el antifranquismo republicano, obligado a realizar enormes concesiones que acabaron por desnaturalizar su proyecto y traicionar su identidad, el que salió perdiendo del proceso; para la segunda, fue la derecha la que quedó privada del poder, haciéndose el *harakiri*, suicidándose y entregando el timón de España a izquierdistas o, en el menos sangrante de los casos, a olvidadizos arribistas, ingratos con el franquismo que les había

³⁴ “El PP condena el golpe de Franco y promete honrar a todas las víctimas de la Guerra Civil”, *El País*, 21 de noviembre de 2002; “El PP y UPyD evitan condenar el franquismo”, *La Vanguardia*, 21 de mayo de 2013. “El PSOE acusa al PP de quedarse al margen de la primera condena al franquismo en el Parlamento europeo”, (<http://www.europapress.es>, 11 de octubre de 2013).

³⁵ Gonzalo FERNÁNDEZ: *Los errores del cambio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987.

amamantado. La misma gradación de posturas, finalmente, se detecta en la diversidad de actitudes mantenidas durante el proceso de cambio político. Izquierda y derecha, de nuevo, coinciden al discrepar de las líneas maestras, del proyecto y de la obra efectuada por quienes pilotaron la Transición. Así, la actitud de ambas fue –salvo los casos extremos de ETA, Grapo o grupúsculos fascistas– de acatamiento insatisfecho. En el centro está el grueso de la sociedad y de la clase política, mostrando una posición benevolente hacia el proceso. Mas como en casos anteriores, ese “centro” vuelve a presentar dos tonalidades distintas: mientras la derecha moderada fue quien tuvo la iniciativa del cambio y quien diseñó el futuro inmediato, la izquierda moderada aceptó, asumió de buen grado, colaboró activamente en el cambio propuesto por los conservadores aperturistas.

Para ir desde lo más inmediato hasta lo más general o indirecto, terminaremos por referirnos a aquello que en alemán se conoce como el *zeitgeist*, esto es, el clima intelectual y cultural de nuestra época, un factor en absoluto ajeno al actual proceso de cuestionamiento estudiado en las páginas precedentes. Sin necesidad de hacer juicios de valor sobre los beneficios o daños de que pueda ser portador, es difícil no apreciar que tras este fenómeno de revisión del pasado late toda una corriente generalizada de inflación memorial, típicamente posmoderna. Si la cultura del novecientos llegó bajo el signo de la apelación al futuro, nuestro *zeitgeist* es el del “pretérito presente”³⁶. Inmersas en una rebotante cultura de la memoria, las sociedades de hoy se bañan en un presentismo cuya marca de fábrica es la criminalización del pasado. Aquello que Habermas denominó “uso público de la historia” ha cobrado una fuerza inusitada, y una convicción se ha impuesto: el “deber de memoria” es el requisito indispensable para el progreso de la moralidad colectiva.

La crisis de los grandes paradigmas ideológicos y los proyectos internacionalistas, el escepticismo ante el credo del progreso, el debilitamiento de las grandes narrativas... estarían detrás de ese espíritu del que también participa el actual *revival* de la memoria. Si la modernidad pregonaba lo que estaba por venir, la posmodernidad se inclina por la interpretación de lo ido. Las miradas, antes nacionales o internacionales, se tornan hacia lo grupal, y se multiplican las tentativas de reapropiación de la historia “desde abajo”: mujeres, obreros, colonizados, proscritos... y por supuesto perdedores de guerras. La ola memorial ha venido a alimentar una demanda de inteligibilidad hoy vivida como exigencia de reconocimiento. La Historia, al perder su inicial mayúscula, da paso a “las historias”. Y el viejo principio unificador de raíz hegeliana –también del gusto marxista y a su vez heredero de la teología– ha entrado en barrena, dando paso a una nueva era: la de la fragmentación, la de las identidades y la del repliegue memorial.

³⁶ Julio ARÓSTEGUI: “Retos de la memoria y trabajos de la historia”, *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, 3 (2004), pp. 15-36.